

LA MUERTE DE LA GUERRA FRÍA

LOS tratados duran lo que las circunstancias que los producen. En otras palabras, los tratados refrendan situaciones de hecho; no las producen, sino que son consecuencia de ellas. Incluso procuran, muchas veces, textos muy abiertos, capaces de varias interpretaciones, de adaptación a otras situaciones o coyunturas. El pacto de no agresión, incluso de no agresión a terceros, y de adopción de medidas eficaces para evitar la guerra atómica, firmado entre la Unión Soviética y los Estados Unidos —Brejnev y Nixon—, en la Sala Este de la Casa Blanca, el 22 de junio, tiene todas las características de un gran documento. Representa todo y no representa nada.

SU párrafo principal es este: cada parte se compromete a no utilizar la amenaza ni la fuerza «contra la otra parte, contra los aliados de la otra parte y contra otros países en forma que pudiera poner en peligro la paz y la seguridad internacionales». ¿Qué formas de ataque o qué zonas atacadas pueden poner en peligro la paz y la seguridad? Imaginemos que por una repetición de circunstancias, la URSS tiene que repetir la entrada de sus fuerzas, con las del Pacto de Varsovia, en Checoslovaquia: no se considera un ataque, ni tal acción puede considerarse como un riesgo internacional. El pacto no tiene por qué impedirlo. Sin necesidad de imaginar situaciones: los Estados Unidos están bombardeando cada día Camboya, y cada día con una fuerza creciente. La URSS no acudirá al pacto. El pacto se ha firmado mientras los aviones de bombardeo continuaban su acción, y Brejnev no ha hecho la más leve objeción, ni siquiera un comentario. Por otra parte, los bombardeos de Camboya forman parte de una operación de pacificación, de unos acuerdos de alto el fuego, que están progresando por vías diplomáticas. Estos ejemplos y estas respuestas no son míos: son de Henry Kissinger, alma madre de este texto, en una reunión de prensa. Sin embargo, si la URSS iniciara un ataque contra China, tendría previamente que informar a Washington y moverse dentro del tratado —dice también Kissinger—. Y si el tratado hubiese estado en vigor hace años, no habrían sucedido la «crisis de los cohetes» (Cuba, 1962) y las diversas crisis sobre Berlín.

OTRO párrafo del tratado determina que cada parte «actuará de tal manera que pueda evitar el desarrollo de una situación capaz de causar una exacerbación peligrosa de sus relaciones, que pueda evitar enfrentamientos militares y que pueda excluir la ruptura de una guerra nuclear entre ellos y entre cada una de las partes y otras partes». Esta ductilidad de actuar «de tal manera», sin especificar de cuál, es la que da toda su apertura al tratado, con doble filo: la posibilidad de escapar de él por cualquier fórmula de interpretación y la de que, por el contrario, cada parte busque la manera más eficaz de cumplirlo. Como siempre, la buena fe es un requisito histórico.

LOS textos referentes a la limitación de armamentos son un progreso sobre los anteriores de hace poco más de un año. Se refieren a las armas no en forma cuantitativa, sino cualitativa: los arsenales de las dos potencias deben ser comparables y no idénticos; las investigaciones para el perfeccionamiento de las armas nucleares son «negociables», de forma que cada parte, a lo que parece, tiene que tratar con la otra de las posibles producciones de armas nuevas o más desarrolladas. Todos estos puntos aparecen como un enunciado de propósitos firmes, que deberán ser puestos en práctica en las conversaciones SALT, que prosiguen y proseguirán hasta un total acuerdo. No es posible ocultar que este desarrollo de

las negociaciones de limitación de armamentos no va tanto en el sentido de asegurar la paz —con los arsenales de ahora no sólo cada parte puede destruir a la otra, sino a la Tierra entera, y no sólo una vez, sino varias, si ello fuese materialmente posible—, sino en el de buscar ciertas ventajas económicas para cada una de las partes. Lo cual, si se quiere, va también en el sentido de la paz, aunque sea una paz consumista y de espaldas al tercer mundo. Que ya se ve que queda ausente de estos acuerdos, puesto que ciertas intervenciones militares en él no serían, o no lo son, sancionadas por el tratado. Con su aspecto de protección a terceros, no impide realmente las intervenciones ni su carácter de reparto del mundo.

EL tratado es, pues, lo que cualquier tratado. Sobre todo, un signo. Lo hacen los dos dirigentes —los dos grupos gobernantes— a sus oposiciones, a sus países. Lo dirigen al mundo en general. Todo este viaje, todas estas entrevistas y firmas, tienen un claro sentido de exhibición. Se ha acentuado en los discursos. Desde la proclamación de «acto verdaderamente histórico», hecha por Brejnev, hasta su condena al pasado: «Señores, les pregunto a todos lo que me pregunto a mí mismo: ¿Fue de verdad ese período bueno? (la guerra fría) ¿Sirvió los intereses de los pueblos, de las personas? Mi respuesta es no, no, no, otra vez no». Brejnev tenía el vaso levantado, con toda la solemnidad que dan los rusos al acto del brindis —así, la de un juramento—, y definía el futuro: «No hay otra alternativa que la de conducir a nuestros dos países por los senderos de la coexistencia... Queremos que se produzca un continuo desarrollo de nuestras relaciones... Un desarrollo que sea irreversible...». Nixon no ha sido más parco, aun dentro de la especie de rigor corporal que parece acometerle cuando está delante de las cámaras de la televisión, quizá porque es más actor que espontáneo, y precisamente mal actor. Kissinger ha estado entusiasta...

BREJNEV ha impresionado sobre todo en la comida, con 25 congresistas que le interrogaban. Cuentan los cronistas de Washington que la mayoría eran reacios a acudir, sobre todo por la cuestión judía, y que el embajador soviético les fue realmente comprometiendo con



Todo este viaje, todas estas entrevistas y firmas tienen un claro sentido de exhibición. Han abundado especialmente los discursos.



Brejnev y Nixon saludan desde la escalinata de la Casa Blanca (el primero lo hace con la derecha, el segundo con la izquierda. El gesto difícilmente podría ser más simbólico de la nueva entente).

llamadas y visitas personales; y cuentan también que salieron entusiasmados de lo que generalmente llaman «la humildad» de Brejnev al contestar sonriente y amable a cada una de las preguntas que se le hacían. Las preguntas de un congresista de los Estados Unidos pueden ser, más que impertinentes, brutales. (Se han hecho varias películas con senadores así, y siempre en tono mellorativo: para demostrar que cuando un hombre actúa en nombre del pueblo no pone límites a su lengua.) Brejnev sacaba de cuando en cuando un cuadernito del bolsillo para responder con cifras o datos a las preguntas que se le hacían, y que sin duda tenía previstas. No se irritó nunca —como hacía Krutchev en la etapa preparatoria de la coexistencia—; tampoco en la reunión que mantuvo con los más influyentes hombres de negocios de los Estados Unidos —la flor y nata del capitalismo—, a quienes explicó —¿no lo sabrían?— que la industria y el comercio forman parte de la política y de las relaciones en un primerísimo lugar...

HAY quien dice que el interés principal de la visita lo ha puesto Brejnev en estas citas con los congresistas y con los capitalistas, en el mensaje que ha dirigido al pueblo de los Estados Unidos por televisión, en sus discursos públicos, en sus fotografías. Más que en las negociaciones con Nixon o en los tratados. Podría suceder que Brejnev quisiese producir y propagar esa imagen propia y de su país para un futuro inmediato, para el de los Estados Unidos de después de Nixon, o de por encima de Nixon. Nada indica que el polvorín de Watergate no vaya a estallar de un momento a otro. Por el contrario, hay muchas indicaciones de que pueda ser así. En este preciso momento, y por esa situación además de por decisión anterior, Nixon estaba más dispuesto que nadie a favorecer el viaje de Brejnev y a hacer viables todos los acuerdos, todos los tratados; necesitaba un éxito sobre el que sustentarse, y nunca hay mejores éxitos políticos que los que se refieren a la paz. Quizá no hubiese sucedido lo mismo si Brejnev hubiese tenido que enfrentarse con Agnew, en el caso de una destitución de Nixon. Agnew es mucho más sensible a las presiones de los conservadores y de los duros. Brejnev, en este caso, no solamente ha jugado a fondo la carta de Nixon, sino también la de sus posibles sucesores, inmediatos y futuros, y las de los grupos de presión de los Estados Unidos. Que son permanentes, que no solamente no dependen de las elecciones, sino que, muchas veces, las elecciones dependen de ellos.

TODOS estos signos emitidos, todas estas políticas exhibidas van en el sentido ya tantas veces expresado en los últimos años de un saldo de la guerra fría, que trae aparejado un regreso teórico a los puntos anteriores, a los de la alianza de la Segunda Guerra Mundial y a los ideales de la posguerra. Todo el mundo va a jugar en torno a ellos durante el próximo cuarto de siglo, incluida Europa. Sobre todo, Europa. Muchos cambios van ya en ese sentido. Otros más importantes habrán de sobrevenir.

ARGENTINA:

LA GUERRA CIVIL ES POSIBLE

No es fácil saber quién inició la lucha en el aeropuerto de Ezeiza cuando se esperaba a Perón. Las fuentes oficiales culpan a los troskistas, a los maofistas, a los guerrilleros: a la izquierda del movimiento. Esta, a su vez, acusa a la «vieja guardia sindical» (es decir, a los supervivientes de la primera hora peronista, del antiguo régimen). Se habla de una operación montada por la CIA; y de una provocación de las fuerzas políticas derrotadas en las elecciones y apartadas del poder. Sea cual sea la causa, lo que revela el acontecimiento, mucho más grave de lo que se describe, es la existencia de odios profundos y de malestares antiguos y nuevos. No hubo solamente un cruce de disparos, ni solamente 20 muertos (se habla de por lo menos 34, y más de 400 heridos), sino degüellos, torturas, gentes apaleadas hasta morir, secuestros y hasta asesinatos deliberados.

El peronismo de hoy no es una figura política coherente: es un monstruo, un engendro talidomídico, una especie de creación de Frankenstein donde no faltan injertos de cadáveres junto a piezas vivas. Su gama mental va desde un comunismo no conciliador, tercermundista, revolucionario y armado, hasta un fascismo clásico, no menos armado y con resortes en el poder, desde el internacionalismo socialista y laico hasta el nacionalismo cerrado religioso. Se inspira en mitos, se reclama de una época dorada que nunca existió, evoca a los muertos, concede a un solo hombre («Perón, supermacho», dicen algunas pancartas) la capacidad total del mito y del carisma, y ese hombre, por muchas razones, no está en el mejor momento de su vida.

Este monstruo político quiere poner orden en un país donde el orden no existe desde hace muchos años, donde los sucesivos gobiernos han actuado también en función del mito, pero para contrarrestarlo, en lugar de reconstruir el país; restaurar la economía, que está destruida. Y este país está en el contexto del subcontinente americano donde todavía la influencia de los Estados Unidos es muy fuerte, pero donde las luchas políticas se han radicalizado.

Para mayor desconcierto, el poder máximo está bifurcado y a lo que parece, a lo que se in-

siste desde sus encuentros últimos en Madrid entre Cárpora y Perón, no muy bien avenido ya. ¿Es posible que un presidente en ejercicio en un país de constitución presidencialista pueda gobernar pendiente de las decisiones, las palabras, las influencias y las camarillas de otro hombre revestido del gran manto del mito? ¿Es posible que el jefe mítico pueda hacerse seguir, obedecer o respetar sin tener en su mano los verdaderos resortes del poder? Se ha hablado mucho de que la acción prevista en Ezeiza era la de que el pueblo tomase a Perón y le llevara a la Casa Rosada para proclamarle presidente, destituyendo a Cárpora. ¿Habrá sido planeado el disturbio grave para cortar en seco esa posibilidad?

No parece que Perón tenga ahora muchas alternativas. Ha de restablecer el orden público, pero no se sabe a costa de quién. Tendrá que reprimir algunas de las fuerzas que él mismo —será injusto decir «él mismo»: el peronismo, o Perón como idea, más que Perón como estadista— movilizó para alcanzar el poder. El centrismo, muy inclinado a la derecha, con que ha iniciado su acción de gobierno va a tener que inclinarse más aún a la derecha: no es difícil que se encuentre convertido en una forma de fascismo, y que las fuerzas armadas tengan que colaborar, aunque no sea más que con el restablecimiento o intento de restablecimiento del orden público. Pero las guerrillas armadas, los grupos revolucionaristas, no son ahora tan fáciles de dominar. Tienen, sobre todo en estos momentos, la consciencia de que si no se imponen ahora, o si no consiguen hoy las premisas socialistas por las que han luchado, mañana será demasiado tarde.

Todo ello ofrece clima y características de guerra civil. Está larvada desde hace muchos años, puede estallar con facilidad. Las responsabilidades no habrá que buscarlas tanto en Perón —que en su largo exilio ha sido más bien prudente, reservado, reticente a la entrega de su propia persona— como en los que le han utilizado; ni siquiera en ellos estará toda la responsabilidad, sino más bien en quienes, después del primer régimen de Perón, no han sabido conducir a la Argentina por los caminos abiertos que hubiesen evitado la tragedia. ■ E. H. T.